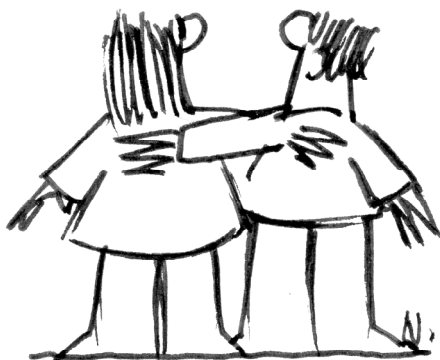
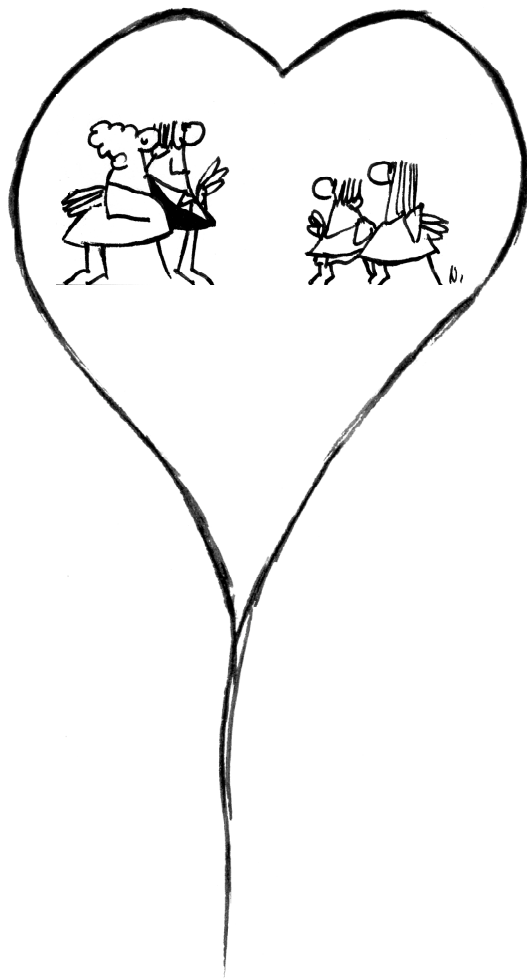


Las estrategias básicas de la educación familiar

Fernando de la Puente



Educar es algo complejo y creativo que comprende un conjunto de estrategias educativas que van desde el diálogo a la firmeza, desde la norma a la alabanza. Es peligroso ser simplista y decir *yo educaré con el diálogo, yo con la creación de hábitos, yo con la autoridad y la firmeza, etc.* Así como se suele temer al "hombre de un solo libro" o al profesional de una sola teoría, también se puede decir que tememos al educador de una sola estrategia.

A través de muchos de los artículos publicados en esta ya larga serie, se puede advertir que hemos insistido en seis estrategias fundamentales, que se complementan y se facilitan unas a otras, que convergen en el objetivo fundamental de toda educación: ayudar a la madurez.

Estas seis estrategias podemos dividir las en dos, como dos tablas de la ley educativa, las estrategias afectivas y las ejecutivas. Ambas son necesarias y complementarias.

1. Las estrategias afectivas

A. La atención personal

Es algo espontáneo, informal, de espacio breve muchas veces. Consiste en comunicar que nos preocupamos por ellos, por los hijos, que no están marginados de nuestra ilusión, que les aceptamos como son y al mismo tiempo no renunciamos a querer su mejora.

Es una atención concreta en positivo: reconocimiento positivo de lo bueno que hacen,

estar atentos a lo que le ha pasado para prestar la primera ayuda, como si fuera "entrar por urgencias"; celebrar sus éxitos aunque sean pequeños - "mi madre no dio importancia a un premio deportivo que me dieron" (y era el único éxito que él tenía)-recordaba un niño muchos años después.

B. La amistosa persuasión

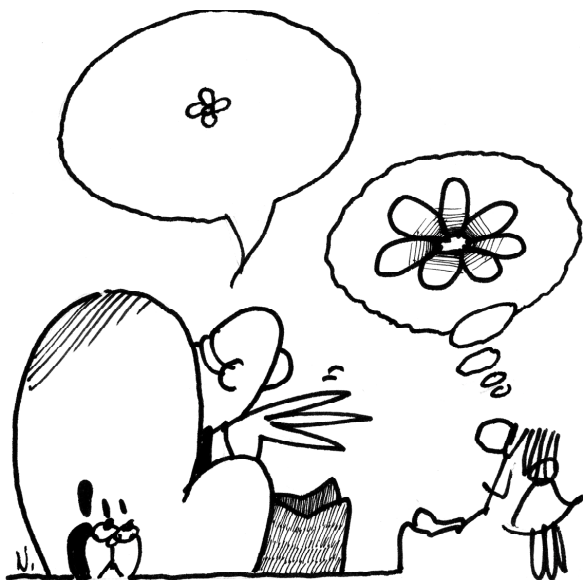
Se trata de motivar verbalmente los comportamientos y actitudes positivas. Hemos insistido numerosas veces que se motiva con sinceridad y verdad, no con razones que ni nosotros mismos nos creemos.

Pero pensemos bien las formulaciones que hacemos y estemos abiertos a mejorarlas. El educador siempre se esfuerza en buscar mejor la verdad de las cosas. Y una vez satisfechos con nuestras formulaciones, no seamos reiterativos hasta hartarles. Eso les resulta especialmente odioso.

Se puede motivar con el miedo: "si haces tal cosas te puede pasar...". Habrá que hacerlo algunas veces, pero siendo conscientes de que *solamente* con el miedo no se educa. Es preciso formular valores positivos, por qué es bueno es bueno, es decir, ser ordenado, constante, solidario, generoso. De lo contrario, cuando los miedos no les asustan, se pueden encontrar vacíos, sin encontrar nada donde agarrarse.

C. La conversación

Conversar es dialogar sin preocuparse de conseguir nada concreto a largo plazo. Es algo libre, personalizado, que se realiza con cierta privacidad y por supuesto, oportunidad.



La conversación tiene un gran problema: el tiempo y la calma. Hoy día es más difícil conquistar la calma que buscar tiempo. No se trata de largos tiempos de conversación, pueden ser dos minutos. Se trata de escuchar y transmitir que se comprende el punto de vista de los hijos, sin apresurarse a aconsejar ni dar recetas. Escuchando activamente, es decir, mirando a la cara, sin hacer otra cosa que escuchar, se satisface la necesidad más profunda de la persona, que es que alguien intente entenderme desde dentro.

Esto fomenta poderosamente la seguridad afectiva que es la base de la autoestima. Sentirse comprendido es empezar a sentirse seguro. Se ayuda más a un hijo mostrándole que se comprende su situación, que dándole soluciones prefabricadas. Comprender sus sentimientos y experiencias es apreciarles como personas; lo cual no significa aceptar sus comportamientos negativos.

No cabe duda que hay que buscar tiempo para conversar: aprovechar ocasiones de algo que les ha sucedido, de algo que ha aparecido en la televisión, en casa, en los sucesos y temas de la calle. Aprovechar un viaje, en el coche, cuando va solo/a contigo a tu lado; espacios sin prisas en fines de semana, etc.

Intentar conversar muchas veces es frustrante, porque a veces ellos no quieren hablar ni contarnos nada vivencial ni personal. No hay que desesperar. Más bien, esperar. Crear un clima de confianza, preguntándonos por qué no se acercan a contarnos nada. Evitemos respuestas irritantes (interrogatorios, rollos, sermoneadores, tópicos tranquilizantes). Cuidemos ciertas actitudes: serenidad, no alarmarse ante lo que nos dicen (cuidado con nuestros gestos alarmistas, que por sí solos matan la confianza y la apertura); respetar su intimidad, no herir sus zonas sensibles, las imágenes y sentimientos negativos de sí mismos, etc.

2. Estrategias ejecutivas

Hasta aquí las tres estrategias afectivas más importantes. Veamos ahora las estrategias en donde interviene más directamente la autoridad de los padres.

A. Establecer normas y límites

Hemos dicho "establecer" con toda intención. Las normas se establecen cuando se piensan bien. Son buenas aquellas normas que parten del acuerdo del padre y de la madre o de las personas que están al cargo de los hijos.

Se establecen bien cuando son pocas. Las normas que prohíben cosas tajantemente, cuya transgresión está sometida a sanción, no deben ser numerosas. Evitemos cargar sobre los hombros del niño infinidad de preceptos.

Las normas buenas cuando se comunican en serio, es decir, en momentos oportunos, con serenidad, con motivaciones serias y bien pensadas, y dando opción a escuchar a niños y adolescentes antes de promulgarlas formalmente. Las normas buenas se recuerdan de vez en cuando con variedad de motivaciones, pero manteniendo el contenido de la norma con fórmulas siempre iguales.

B. Premios y castigos

Lo ideal es no sancionar nunca, pero el carácter rebelde, la insolencia, el mal ejemplo a los otros hermanos, las repetidas faltas, etc. aconsejan la sanción.

Los mejores premios o castigos son los no anunciados. No andar prediciendo "si no haces tal cosa tendrás tal castigo..." si cumples lo mandado tendrás tal premio..." Los castigos buenos son flexibles, tienen en cuenta la edad, la situación, las condiciones del niño. Y el castigo más saludable es aquel que refleja las consecuencias de los actos. Rehacer lo mal hecho, compensar el tiempo perdido con un tiempo extra de trabajo, ayudar al hermanito de quien antes de abusó, etc.

Las consecuencias de los actos es una lección que hay que aprender. La vida y la sociedad les pasarán la cuenta despiadadamente por sus omisiones y errores.

C. Provocar experiencias

Hay un principio en pedagogía que dice "sólo se aprende lo que se hace". La experiencia de un comportamiento o situación constructiva produce la vivencia de que aquello es satisfactorio y eso es la clave de la opción interna por los valores.

A los hijos se les puede dar responsabilidades, hacer que tengan pequeños éxitos, precisamente en aquello que fracasan o en otras cosas (sin algún tipo de éxito no se puede vivir). Provocar oportunidades de ayudar y de sentirse útil en casa o fuera de ella.

En los centros educativos, las actividades paraescolares, tanto deportivas como culturales o humanitarias, son una fuente de experiencias de lo que es hacer equipo, ayudar a los demás, lograr sentido de pertenencia, sentirse útil, etc.



3. La interacción de las estrategias

Como dijimos al principio, las dos series de estrategias se refuerzan y complementan unas a otras.

La atención personal prepara ocasiones para la conversación y desbloquean actitudes de rebeldía y distancia de los hijos hacia nosotros.

La persuasión amistosa de motivaciones facilita la aceptación de las normas.

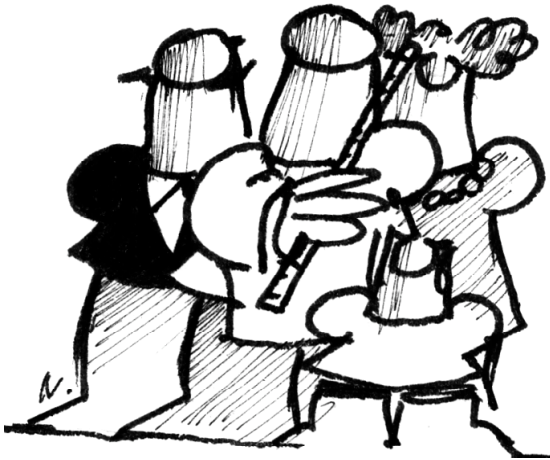
Los premios consolidan las actitudes positivas. Y los castigos reducen las conductas negativas. Las experiencias positivas refuerzan el vigor de la motivación verbal en orden a la asunción de valores.

Todas ellas juegan un papel decisivo y complementario en algo extraordinariamente importante: la creación de hábitos y actitudes de acuerdo con valores que dan sentido a la vida.

Por otra parte, sin motivaciones verbales o sin conversación, no se pueden establecer bien las normas. Sin normas ni firmeza, se produce una educación blanda, sufre nuestra autoridad y surge el "niño dictador" del que tan frecuentemente se habla en la literatura educativa hoy en día (véase Javier Urra, *El pequeño dictador*, editorial La Esfera de los Libros). Sin atención personal, es muy difícil entablar diálogos y conversaciones, etc.

4. Ir a por todas

La conclusión es evidente: hay que ir a por todas. No se puede prescindir de ninguna de las estrategias. Sería como un extraño automóvil de seis ruedas; si se paraliza una, el coche no se mueve bien o se detiene. En la educación de ese niño faltaría un elemento importante para su crecimiento y difi-



cilmente se conseguiría una buena creación de hábitos y actitudes.

Ir a por todas, pero poco a poco. Ir a por todas en la intención, pero gradualmente en la realización, poniéndolas en práctica cada vez más correctamente. "Si cada año corrigiéramos un defecto, pronto seríamos perfectos" decía un famoso libro espiritual de la Edad Media. Sin llegar a la perfección, que difícilmente es asequible en educación, podemos ir logrando mayor habilidad en nuestro modo de motivar, atender, castigar, premiar, etc.

Para empezar, por ejemplo, podríamos fijarnos en aquellas estrategias que peor realizamos o más frecuentemente omitimos. Intentemos ponerlas en práctica y mejorarlas, sin prisas pero sin pausas, poco a poco y con paz.

5. La mejora personal

La guinda del pastel de las estrategias educativas somos nosotros mismos. Se educa con lo que somos. Recordemos que los tres elementos de la creación de actitudes son el *modelo*, la *palabra* y la *acción*. En la palabra iría incluida la motivación, la autoridad, la atención personal, la conversación. En la acción estarían incluidos las experiencias positivas, los premios y los castigos. En el modelo estamos nosotros. Ser educador es sobre todo una lucha por "ser" personas, una lucha por nuestra propia madurez personal. Si mis hijos me ayudan a mí a mejorarme como persona, estoy en el buen camino.

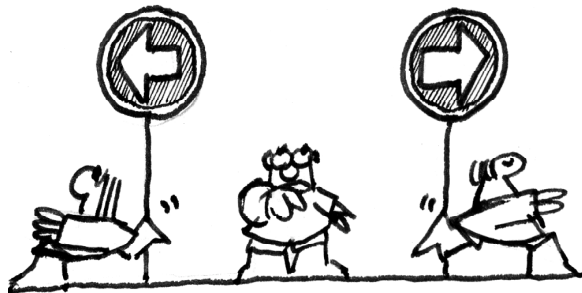
Pero no creamos que tenemos que ser perfectos para poder educar. Tenemos autoridad para educar si estamos en tensión hacia la búsqueda de sentido de la vida para nosotros mismos, hacia nuestra

madurez afectiva, en apertura constante hacia los "signos de los tiempos", en el deseo de formarnos continuamente como padres.

Si gradualmente se ponen en práctica estas seis estrategias y vamos tomando más en serio nuestra propia madurez, estamos educando de verdad, aunque cometamos errores y no seamos perfectos. Estamos sembrando. Y en educación todo lo que siembra queda ahí en el corazón del niño, sabiendo con certeza de que algún día crecerá la espiga.

Muchas veces no vemos los valores y actitudes positivas que ellos ya llevan consigo. A veces lo ven mejor los otros, cuando nuestros hijos actúan fuera de casa, o se desenvuelven en el primer empleo. No son así por arte de magia. Habéis sido vosotros los padres, quienes, paciente aunque imperfectamente, habéis ido edificando sobre roca y no sobre arena.

Diálogo en grupos



1. Revisando las seis estrategias mencionadas, los miembros del grupo manifiestan qué estrategias les resultan más fáciles de aplicar, y si creen que de hecho las realizan correctamente, de acuerdo con las matizaciones expuestas en la charla.

2. Del mismo modo manifiestan las estrategias más difíciles o más ausentes en su práctica educativa familiar y explican por qué.

3. Muy importante para integrar sugerencias y hacerse más creativos: dar cuenta de experiencias positivas en poner en práctica dichas estrategias difíciles; en qué momentos y circunstancias las aplicaron, con qué resultados, etc.